

abundancia y la escasez, 131. La madre de todas las crisis, 133.
Capitalismo rentista, 138. Recapitulación, 142.

Armando Bartra

La visión marxista de la crisis y la gran crisis del siglo XXI . . . 145

Introducción, 145. Teorías de las crisis de Marx, 147. Inevitabilidad de las crisis y esencia del capitalismo, 150. Keynes: el desempleo y recesión son 'normales', 153. Keynes: el empleo depende de la demanda efectiva, no del salario, 156. Keynes: centralidad de las expectativas de ganancias, 159. La teoría del estancamiento del capitalismo maduro, 162. Abrazo simbiótico entre tendencia al estancamiento y financiarización, 165. Un sistema social alternativo al capitalismo: no hay otro camino, 169. La adicción capitalista a las burbujas financieras vistas por Krugman y Soros, 172.

Recapitulación y reflexiones finales, 182.

Julio Boltvinik

MESA 3

CONSECUENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES EN MÉXICO 18

Efectos de las crisis alimentaria y económica en la pobreza (2006-2009) 18

Introducción, 189. El alza de los precios de los alimentos y la pobreza, 191. Crisis y pobreza en México, 192. ¿Cuál puede ser la respuesta y el panorama futuro?, 198. Algunas propuestas, 201.

Araceli Damián

La crisis económica internacional y su impacto en México . . . 20

La crisis económica mundial, 207. El impacto sobre México, 209. El diagnóstico y las propuestas de política, 213. Las recomendaciones de política, 214.

Gerardo Esquivel

Después del neoliberalismo: Hacia una nueva política social económica 21

Pablo Yanes

SINOPSIS CURRICULARES 2

Introducción

Para comprender la crisis

JULIO BOLTVINIK

Coordinador del seminario y de sus memorias

jbolt@colmex.mx

El seminario "La crisis capitalista mundial actual", organizado por la Fundación Heberto Castillo Martínez, A. C. se propuso examinar, en tres mesas redondas celebradas en el primer trimestre de 2009, los orígenes, la especificidad y consecuencias (en México y el mundo) de la crisis mundial iniciada en 2007. La primera mesa redonda se propuso explorar los orígenes y características de la crisis y en ella fueron ponentes Arturo Guillén y Víctor Flores Olea. La segunda mesa redonda se diseñó con la intención de explorar la especificidad de esta crisis y analizar la validez actual de las explicaciones marxistas. En ella participaron Armando Bartra, Luis Arizmendi y Julio Boltvinik. La tercera y última mesa tuvo como objetivo explorar las consecuencias económicas y sociales de la crisis mundial en México. En ella participaron Gerardo Esquivel, Araceli Damián y Pablo Yanes. En todas las mesas se pidió a los ponentes que procuraran explorar las alternativas de salida de la crisis. En la primera mesa el moderador fue Julio Boltvinik, en la segunda Pablo Yanes y en la tercera Luis Arizmendi. La reseña de sus contenidos se organiza, a continuación, en el mismo orden de las exposiciones y del contenido del presente libro de memorias.

El seminario transcurrió con una gran concurrencia de público que, ávido de entendimiento de esta crisis que a todos nos afecta y preocupa, dirigió numerosas preguntas y comentarios a los ponentes. Estas memorias recogen sólo las ponencias, pero como algunos ponentes revisaron sus textos para esta edición,

seguramente las enriquecieron a partir del diálogo con los asistentes. Algunas de las ponencias además fueron revisadas por sus autores para incorporar nueva información o un comentario que se les había quedado en el tintero.

Las ponencias son heterogéneas en varios sentidos. En su concepción y perspectiva proceden de destacados especialistas con formaciones y prácticas cotidianas diversas. También son variadas en su amplitud temática: mientras unas abordan de manera específica la crisis financiera-económica, otras miran el entorno político, ambiental y energético. Algunas han mantenido el formato leído en el Seminario, son de poca extensión y carecen de los formalismos de una ponencia académica, mientras otras son ponencias más largas y formales. Esta heterogeneidad enriquece el volumen y refleja tanto la pluralidad del Seminario como la complementariedad de puntos de vista.

La ponencia de Arturo Guillén se estructura en seis secciones y tiene como propósito, según indica su autor, “analizar los orígenes, causas y principales repercusiones de la crisis global” que comenzó a manifestarse a comienzos de 2007. En la sección segunda aborda los antecedentes inmediatos de la crisis: el auge de los años noventa (“la expansión cíclica más larga de la historia moderna de la economía estadounidense”) y el estallido de la burbuja en la bolsa de valores de los precios de las acciones de las nuevas tecnologías (Nasdaq) en 2000, que dio lugar a una recesión económica de muy corta duración. Guillén hace notar que la burbuja inmobiliaria, iniciada en 1997, fue parte del auge de los noventa y su continuidad (debida al “efecto riqueza” producido por el aumento de los precios de las viviendas), “salvó la economía”, hecho reconocido por Alar Greenspan. Guillén describe el impresionante aumento en el precio de las viviendas en EU entre 2000 y 2005, al doble de la velocidad experimentada en los años previos. Es decir, se aceleró el ritmo de inflado de la burbuja inmobiliaria, en parte como resultado de la política monetaria laxa seguida por la FED (Banco de la Reserva Federal, el banco central de EU) y por la creciente *financiarización* de la

economía promovida por la desregulación financiera que implicó el abandono del Acta Glass-Steagall vigente desde el Nuevo Trato de los años treinta, explica Guillén. Esta desregulación, si bien se inició en los años ochenta, culminó en 1999 cuando se legalizaron los *holdings* bancarios (grupos de empresas financieras de propiedad común de un mismo universo de accionistas) que pueden realizar todo tipo de operaciones financieras.

En la tercera sección el autor analiza el desarrollo de la crisis financiera, empezando por una cronología de la crisis inmobiliaria: el crecimiento en la cartera vencida de las hipotecas *subprime*, las caídas en la venta de viviendas y en el mercado de bonos y derivados vinculados al mercado inmobiliario,¹ y finalmente el estallido de la burbuja de la bolsa de valores que se había venido inflando por influjo de la burbuja inmobiliaria. Explica con gran claridad que el auge artificial había impregnado todo el sistema financiero y, por ello, fue afectado en su totalidad por el estallido de la burbuja inmobiliaria; también explica el carácter internacional de su inflado y estallido y, por ende, el carácter mundial de la crisis financiera y económica. Aunque el problema se originó en lo que Krugman llama el “sistema bancario sombra”, el sistema bancario tradicional, sujeto a regulación, también ha sido afectado, como explica Guillén. Advierte que las brascas bajas en las tasas de interés decretadas por la FED (banco central de EU), que también se han efectuado en otros países, conllevan el riesgo de deflación como el que vivió Japón en los años noventa. Señala que, en el transcurso de la crisis, la FED pasó de la cautela al pánico, lo que se manifiesta en las bajas de la tasa de interés hasta situarla en casi cero (siendo la tasa real de interés negativa), cambio que conllevó el tránsito de una política ortodoxa y cautelosa al comienzo de la crisis, a una “desbocada de salvamento del capital financiero, llevando al extremo la función del ‘prestamista de última instancia’.

1 Estos instrumentos, explica Guillén, trasladaron los riesgos de los créditos inmobiliarios, diluyéndolos entre millones de tenedores de los mismos. Produjeron el “riesgo moral” al que se refieren Krugman (véase la ponencia de Boltvinik) y el propio Guillén más adelante.

En la cuarta sección, Guillén busca “las causas de fondo” de ésta, la más severa de las crisis desde la Gran Depresión, para lo cual estructura la sección en tres incisos. En el primero, acude a los autores de la escuela regulacionista (como Aglietta) y mira hacia la crisis de los setenta, considerada por esta escuela como crisis del modo de regulación y del régimen de acumulación fordista. Guillén la ve como una crisis asociada a la baja de la tasa de ganancia que llevó, como reacción, a un conjunto de transformaciones impulsadas por los segmentos más poderosos del capital y por los gobiernos para “hacer frente a los problemas de valorización del capital”; entre ellas, “una ofensiva de gran envergadura del capital contra el trabajo que aún continúa, para contrarrestar la baja en la tasa de ganancia”, sobre lo cual hay un amplio consenso entre los participantes del Seminario. Entre las medidas de esta ofensiva incluye la “instauración de un régimen de acumulación con dominación financiera” (o financiarización), que en la ponencia de Boltvinik aparece no como algo deliberado sino más bien como una “forma espontánea de keynesianismo privado”. Guillén explica que la financiarización “implicó un cambio cualitativo en la lógica de reproducción del capital”, según el cual la “esfera financiera predetermina la economía real y la somete a sus necesidades de rentabilidad de corto plazo”; el valor de mercado de las acciones pasa a ser el criterio de rentabilidad de la empresa, que queda sometida ahora a controles *a priori* cuando antes era controlada sólo *a posteriori*. En la esfera financiera la financiarización se caracteriza, añade, por la bursatilización (incluso de los bancos mismos), y por el papel creciente de la banca de inversión, los fondos institucionales y otros fondos privados. En el segundo inciso de la sección, Guillén sostiene que la crisis actual es una crisis de deuda-deflación “como lo han sido todas las grandes crisis financieras del capitalismo”, pero afirma que ahora la deflación abierta es contenida por la política monetaria y fiscal (por lo que le llama “deflación contrariada”):

Y se “manifiesta a través de periodos prolongados de estancamiento económico con la reproducción de estructuras financieras frágiles validadas con el uso de los mecanismos estatales anti-depresión”, como los programas de salvamento (compras estatales de bonos y derivados tóxicos).

Sin embargo, añade, no siempre se logra contener la deflación abierta: en marzo de 2009 “los precios al consumidor registraron una declinación de 0.4%, la primera desde 1955” en EU, y en agosto de 2009 “veintiún países registraron decrecimientos mensuales en los precios al consumidor”. Señala que, aunque a partir de marzo de 2009 se está inflando una nueva burbuja bursátil (que lleva ya un aumento acumulado de 64% en el índice mundial de bolsas MSCI), “está por verse si es sostenible”, pues es bueno recordar, añade, que las “bolsas tuvieron durante la depresión de los años treinta episodios pasajeros de optimismo, por algunas semanas o meses, para volver posteriormente de nuevo a la apatía”, y que “algo semejante ocurrió en Japón durante los años noventa”. Por otra parte, señala que “la crisis inmobiliaria representa *el colapso de la bursatilización y, en un sentido más amplio, de un régimen de acumulación dominado por las finanzas*”. Concluye, por ello, que las posibilidades de que EU repita la experiencia japonesa de estancamiento económico durante toda una década, están abiertas. Esto lo dice también de la siguiente manera: “Los peligros de que las principales economías caigan en la *trampa de la liquidez* son reales”, puesto que la “política monetaria ha llegado a sus límites, ya que la mayoría de los gobiernos han bajado las tasas nominales de interés a niveles cercanos a cero”. En el último inciso de la sección señala que el régimen de acumulación con dominación financiera lejos de brindar mayor estabilidad estructural elevó la fragilidad y los riesgos sistémicos de la estructura financiera, y que la crisis inmobiliaria representa el “desinflamiento de una burbuja (la inmobiliaria) que vino a ocupar el lugar dejado por la burbuja anterior de la nueva economía”. Sin embargo, Guillén no da el paso adicional, como lo hacen Foster y

Magdoff (véase ponencia de Boltvinik), de sostener la necesidad que tienen las economías capitalistas contemporáneas de estas burbujas.

En la quinta sección, Guillén describe lo que llama el “despliegue de la recesión generalizada” con datos del PIB hasta el tercer trimestre de 2009 y del desempleo hasta noviembre de 2009, para concluir que la actividad económica “se ha paralizado en prácticamente todo el mundo con una sincronía sin precedentes”. Oficialmente la recesión en EU tenía ya una duración de 20 meses, señala, haciendo de éste el ciclo depresivo más largo de la posguerra. En sus datos se aprecia que el PIB se contrajo durante 4 trimestres consecutivos con un pequeño rebote en el tercer trimestre de 2009 y que la inversión fija lleva ya siete trimestres de contracción continua. Guillén identifica que en el primer trimestre de 2009 se encontraban en recesión, con el criterio convencional (dos o más trimestres con descensos en el PIB), más de 20 países. La tasa de desempleo abierto en EU más que se duplicó entre febrero de 2008 y noviembre de 2009 (del 4.8% a 10%) y en la Unión Europea aumentó en 50%: de 6.7% a 10%. Todas las predicciones apuntan a que, aunque se recuperara la economía, el empleo no lo haría sino, en el mejor de los casos, mucho después.

En la sección última, Guillén hace una recapitulación. Señala que se trata de una crisis de deuda-deflación de un nuevo tipo que señala los límites de un régimen financiero basado en las obligaciones. Que la crisis tiene una repercusión severa en la economía que tardará años en recuperarse, concluyendo que, como el foco de la crisis se sitúa en Estados Unidos, amenaza el rol del dólar como divisa clave del sistema. Guillén señala que un largo periodo de estancamiento es el escenario más probable, conclusión que coincide con la de Foster y Magdoff, aunque no por las mismas razones. Guillén termina con una observación crítica muy aguda:

Si bien los programas anticrisis de los gobiernos han implicado la movilización de enormes sumas de capital para estabilizar los

mercados financieros y para contener la recesión, pareciera partirse de la idea de que una vez controlada la crisis mediante mecanismos keynesianos, todo volverá a ser como antes y el orden neoliberal será reestablecido sólo mediante ajustes menores. Los bancos y las corporaciones vuelven a las andadas y reanudan el carrusel de la especulación. ¡Business as usual! Ello revela que los gobiernos y el capital financiero no entienden o no quieren entender la naturaleza de la crisis.

La ponencia de Víctor Flores Olea es breve y no está dividida en secciones. Su autor comienza caracterizando el periodo de George W. Bush en EU como uno de “locura histórica”. A continuación señala que la profunda deshonestidad de Bush y la crisis favorecieron el triunfo de Obama en las elecciones, quien “implícita y explícitamente atacó el *laissez-faire* pregonado desde Reagan. Señala que, en opinión de muchos, la crisis actual es tan seria o más que la Gran Depresión: “La caída de Wall Street es al fundamentalismo del mercado lo que la caída del Muro de Berlín fue al comunismo”, dice citando a Stiglitz. De manera correcta el autor expresa sus dudas que esta crisis signifique el fin del fundamentalismo del mercado por las presiones de los beneficiarios del *status quo*. Cita a Stiglitz quien dice que no fue un error sino una cascada de equivocaciones las que condujeron a la crisis actual. Flores Olea menciona las siguientes: a) la permisividad de Alan Greenspan, quien al mando de la Reserva Federal permitió oleadas de liquidez, se retiró de la vigilancia de las instituciones económicas y alentó dos burbujas financieras: la de los *punto com* y la de bienes raíces; b) malos préstamos, complicados instrumentos y trampas que convirtieron al sistema financiero en un casino, mientras las autoridades “dejaron hacer, dejaron pasar”; c) la desregulación, que partió de la falsa premisa que el mercado y las instituciones se autorregulan, permitió una economía fundada en la especulación y en el traslado de la riqueza a unas cuantas manos;² d) la disminución de impuestos a los ricos, instrumentada

² Se pretendió que las instituciones se autorregulaban. Flores Olea expresa aquí la duda de si Obama, con un equipo integrado por varios funcionarios que estuvieron en

porque se pensaba que favorecería la inversión productiva, resultó un ingrediente más para favorecer la crisis porque contribuyó a la especulación; e) la tolerancia al maquillaje (fraude) contable en muchas empresas; f) caos en las decisiones de los últimos meses del gobierno de Bush, donde se practicó una discrecionalidad casi absoluta en el rescate de empresas. Después de esta enumeración, Flores Olea analiza una las condiciones para la recuperación, la nacionalización bancaria, señalando que la confianza perdida en los sistemas financieros será una de las mayores dificultades para la recuperación. Dice que tanto Stiglitz como Krugman sostienen que la nacionalización de los bancos es tal vez la mejor medida que puede tomarse, pues es una forma de salvar al sistema financiero sin otorgarles un regalo gigantesco a los accionistas de tales bancos.

En la segunda mesa se presentaron tres densas e interesantes ponencias. La de Armando Bartra tiene como trasfondo la bella cosmogonía prehispánica sobre los cinco soles que sirve para enmarcar la idea del fin de época al que hemos llegado y la necesidad de inaugurar el Sexto Sol, idea a la cual nos resistimos por nuestra visión lineal del tiempo alimentada por el mito del progreso: "El devenir concebido como ineluctable marcha en ancas del desarrollo científico-tecnológico hacia un orden de abundancia total y certeza plena". El mito del progreso y los axiomas relacionados (negación del pasado y fetichización del porvenir) firmemente remachados en el imaginario del capitalismo, dificultan que nos percatemos que vivimos una crisis civilizatoria inédita por sus múltiples dimensiones y su radical globalidad, dice Bartra. Al final de su ponencia, a resumirla, el autor señala:

La que inauguró el tercer milenio no es una crisis económica más, es un fin de fiesta, un cambio de época que se origina en estructuras profundas y de larga duración, una conmoción sistémica de múltiples y convergentes dimensiones por la que entramos en un período de inestabilidad y turbulencia presumiblemente prolongado. Porque los que se desfundaron no son sólo el entramado fi-
el origen de la crisis, será capaz de controlarlos.

nanciero, la producción y el mercado, también están exhaustos el modo de relacionarse con la naturaleza, los patrones de consumo y de urbanización, el modelo científico-tecnológico, el imaginario colectivo, la socialidad, la política, el Estado... [El desbarajuste actual es hidra de mil cabezas, dice en otra parte y luego añade que "el riesgo está en que la erosión que el capital ejerce sobre el propio capital oscurezca la devastación que ejerce sobre la sociedad y la naturaleza. ...que el debate sobre las contradicciones internas del mercantilismo absoluto relegue la discusión sobre sus contradicciones externas"]. Se esfuma igualmente el paradigma del progreso y con él la negación del pasado y la fetichización del porvenir que por un par de centurias nos tuvieron trabajando para la historia como quien trabaja en una fábrica. En un suspiro cósmico se consumió hasta la raíz nuestro modo de ser-en-el-mundo

En la sección 2, "Fetichismo de la economía", aborda a Marx, a Baran y Sweezy, a Rosa Luxemburgo. Critica los abordajes endógenos (de los que exculpa sólo a Luxemburgo) porque:

Pecan de la misma unilateralidad economicista. Cojera que comparten con el sistema, en tanto que éste es un mercantilismo radical. Pero la crisis es también y ante todo la crisis de una ruptura y una inversión por las que la esfera económica se autonomizó y se impuso sobre el resto de las relaciones sociales...es la crisis de la dictadura del valor de cambio sobre el valor de uso por la que hombre y naturaleza devinieron *mercancías ficticias*...es la crisis del avasallamiento del *hombre de carne y hueso* por el *hombre de hierro*. Y una crisis así demanda esclarecer las contradicciones *endógenas* del sistema económico en que se gesta, pero también y con más razón las *exógenas*: diseccionar el atolladero en que está metido el "valor que se valoriza" y dar cuenta igualmente de los problemas que aquejan al valor de uso: la devastación capitalista del hombre y la naturaleza.

A contrapelo de las tesis usuales, sostiene, en la sección denominada "Entre la abundancia y la escasez", que la crisis actual es crisis de escasez y no de abundancia:

Y es que el capitalismo contemporáneo no es un mundo de abundancia inicuaamente distribuida sino un mundo de escasez extrema y generalizada, un mundo donde el agotamiento de los recursos naturales y sociales –incluyendo el espacio y el tiempo– ya no afecta sólo a los pobres sino también a los ricos, un mundo donde la amenaza de extinción pende sobre la propia especie humana.

En la sección “La madre de todas las crisis”, enumera seis “pústulas”, seis crisis: desorden climático, petróleo caro, guerras, hambruna, éxodo y depresión económica que:

Remiten a la factura profunda –ontológica– del modo capitalista de producir; al pecado original del absolutismo librecambista consistente en que, como un Midas del código de barras, todo lo transforma en mercancía, incluso al hombre y la naturaleza –que proverbialmente no lo son– pero también el dinero que es un medio de cambio y no un producto entre otros.

Dicho esto, en el resto de la sección analiza cada uno de los seis flagelos. También en sentido contrario de lo usual, Bartra sostiene (sección “Capitalismo rentista”) que, aparte de los seis flagelos, una fractura “mayor y transversal al sistema es el *carácter progresivamente rentista del capitalismo*”. Ejemplifica con el petróleo, la mayor parte de cuyo valor es renta, a la que define como “la forma que adopta en el mercado el beneficio económico que le genera al capital el empleo productivo *de un bien natural escaso y diferenciado...* tierra, agua, aire, biodiversidad, recursos del subsuelo, franjas del espectro electromagnético, ubicaciones privilegiadas”. Concibe la renta como “epifenómeno de la escasez, cuando ésta se presenta en el contexto de la producción capitalista”. Para reforzar su tesis de la escasez radical que produce el capitalismo, afirma que “hoy son escasos recursos naturales que hace 200 años parecían inagotables”. Sobre este punto analiza el pensamiento de David Ricardo, quien en su opinión desarrolló la concepción más penetrante sobre la renta. Concluye:

La renta no es una perversión ocasional, un sobrelucro infrecuente y marginal. Estamos rodeados de rentas por todas partes...un sistema que debía sustentarse estrictamente en la acumulación de plusvalía generada por la inversión productiva, no sólo reproduce sino que amplía las fuentes de ingreso de raigambre precapitalista sustentadas más que en la aplicación de capital en la apropiación de recursos escasos... el capitalismo realmente existente se reveló como un sistema rentista donde la inversión productiva es un medio para realizar las rentas y en especial para incrementar las diferenciales.

El texto es muy original y sugerente. Sin embargo, deja fuera la renta más importante: la del dinero, intereses y otras formas de ganancias financieras, como puede apreciarse en las ponencias de Arturo Guillén y de Julio Boltvinik. Al final de su texto, Bartra mira hacia adelante:

Necesitamos paradigmas alternos, necesitamos jubilar al capitalismo y despedir a sus acólitos, necesitamos desguzar al ‘autómata animado’ y fundir al ‘hombre de hierro’, necesitamos airear o de plano reinventar el Estado, necesitamos zurcir el tejido social que traemos luidito y muy deshilachado. Y todo esto lo necesitamos no para ser libres, sabios, opulentos y felices sino simplemente para seguir vivos. Basta de prometer las perlas de la virgen al triunfo de ‘la revolución’; lo inmediato es parar el ‘molino satánico’ desbocado, después, ya veremos.

En ese estilo informal que lo caracteriza, continúa diciendo:

Todo indica que llegamos a un fin de capítulo en la gran narrativa histórica. Entre zapatazos y abucheos concluyó una de las fases más desmecatadas del capitalismo, y el mercantilismo absoluto está exhausto. La gran pregunta es quién pagará los platos rotos. Quién recogerá el tiradero dejado por un orden torpe y atrabancado que en su corta vida hizo incontables destrozos sociales y ambientales. Si el malcriado la libra con un zape, el costo correrá por nuestra cuenta y lo más probable es que vuelva a las andadas. En cambio, si se nos ocurre pronto un modo de producir que no se le hincue a las ganancias y nos animamos a ensayarlo, seguramente el precio será menor y el futuro más soleado.

Y en el párrafo final anuncia el Sexto Sol:

Los de antes estaban en lo cierto: la historia es una narración integrada por capítulos sucesivos. Y el nuestro terminó. En cambio, me parece que los antiguos andaban errados al dejar en manos de los dioses la autoría de la novela. Los *Nanahuatzin* del tercer milenio no están en el olimpo, están entre nosotros. El sexto sol está a las puertas, pongámosle título al nuevo capítulo y empecemos a escribir.

En su ponencia Luis Arizmendi señala que “la crisis contemporánea es la crisis más compleja, de mayores alcances y riesgos de la historia moderna” y que llegó a contrapelo de la euforia que acompañó el crecimiento de fin de siglo XX y primeros años del XXI, que había sido “exacerbado como el símbolo de un nuevo capitalismo que, al globalizarse con el neoliberalismo, llegaba para vencer y dejar atrás la repetición cíclica de las crisis”. En el discurso convencional, agrega, el desarrollo del poder planetario, con sus efectos depredatorios del mundo social y natural, ha sido y sigue siendo sistemáticamente objeto de una inversión con la que se le recubrió bajo la ilusión de un progreso económico y social presuntamente indetenible”. Arizmendi añade que la teoría crítica se vuelve imprescindible ante la crisis radical de nuestro tiempo, y que superando la supuesta caducidad que le habían adjudicado el posmodernismo y el pensamiento único, la vigencia de la teoría crítica de Marx en el siglo XXI sale a relucir. En las crisis, de modo cada vez más esquizoide se entrecruzan progreso y devastación, dice Arizmendi, pero es evidente que este entrecruzamiento es aplicable al capitalismo en todo momento y no sólo en las crisis. Y hace explícito un rasgo que está implícito en el texto de Bartra: “Sin dejar de ser efectivos los adelantos de la técnica moderna, otras trayectorias enteramente posibles de desarrollo tecnológico son bloqueadas” para hacer prevalecer las trayectorias que sirven al poder planetario que no se detiene ante la devastación social y natural que produce. Es porque con ello pone en riesgo los fundamentos sociales y naturales

mismos de la civilización, que la crisis actual es caracterizada, brillantemente por Arizmendi, como crisis epocal que se conforma, y en ello, dice, consiste su especificidad, por tres crisis disímiles que se yuxtaponen: 1) el colapso de la configuración neoliberal de la mundialización capitalista; 2) la cuarta gran crisis de la historia del capitalismo moderno, y 3) la crisis ambiental mundializada.

En la segunda sección, Arizmendi sostiene que la configuración actual del capitalismo no es neoliberal, porque para él (siguiendo a Wallerstein) la configuración liberal actuaba como contrapeso de la violencia económica anónima inmanente a la acumulación capitalista, impulsando la elevación del estándar de vida de la población e introduciendo procesos electorales (no democracia, porque en realidad se trata de un simulacro para rotar el poder entre diferentes grupos de la clase política funcionales al poder empresarial). Por ello el nombre neoliberal le parece un eufemismo y lo sustituye por el de *configuración cínica* que es aquella que deja operar sin restricciones al *laissez faire laissez passer* para hacer del mercado la entidad que define los heridos y los muertos y usa la fuerza del Estado para trasladar la fuerza de mando a los capitales privados.

Aunque para muchos de nosotros el *dejar hacer, dejar pasar* es el lema del liberalismo por excelencia, la clasificación de configuraciones capitalistas que presenta Arizmendi (que incluye la fascista) es muy sugerente como lo demuestra el siguiente texto con el cual concluye esta sección: “En la medida en que el cinismo constituyó una configuración que desmontó múltiples restricciones anteriormente existentes, por un lado abriendo amplios procesos de privatización... por otro instalando agresivos procesos de subordinación de las naciones al mercado planetario, esta forma de funcionamiento propició desregulaciones de tal alcance” que impactaron negativamente el proceso de reproducción social que se expresa en la crisis mundial alimentaria y la mundialización de la pobreza, aspectos que el autor analiza en esta misma sección. Arizmendi enmarca su análisis de la crisis alimentaria en lo que identifica como las tres configuraciones de la economía mundial alimentaria presentes en

el último siglo. La segunda de ellas, el predominio mundial de la agricultura de EU, se basó en “el desfinanciamiento estratégico del campo en casi todos los países subdesarrollados” combinado con enormes subsidios a la producción cerealera en EU, constituyendo así la hegemonía de EU y la subordinación y dependencia alimentaria del grueso de naciones.

La crisis alimentaria, por tanto, concluye el autor, es el tránsito de la vulnerabilidad al hambre, no porque estas naciones no cuenten “con la capacidad productiva para autoalimentarse, sino porque sus capacidades económicas son cínicamente refrenadas para garantizar la apropiación de ganancias extraordinarias en beneficio de las corporaciones transnacionales”. Está en curso, como reacción, una nueva configuración alimentaria mundial cuyos rasgos desconocemos.

La mundialización de la pobreza revela, dice Arizmendi, el profundo impacto generado por el cinismo histórico, lo que ilustra con muy impresionantes cifras de un trabajo reciente de *Hábita*: (el organismo de las Naciones Unidas que se ocupa de la vivienda y su entorno) que argumenta con fuerza que el neoliberalismo ha incrementado la pobreza urbana, que existen alrededor de 250 millones de áreas urbanas hiperdegradadas (*slums*). Apoyándose en este estudio, Arizmendi argumenta que la liberalización internacional de flujos de capital y mercancías que excluyó a la fuerza de trabajo llevó a una drástica reducción de la tasa salarial internacional y la formación del ejército de reserva más grande de la historia moderna. Y concluye señalando que los *slums* son la “concreción histórica de esta forma epocal [la configuración cínica del capitalismo] “porque incluso con crecimiento económico el capitalismo de la vuelta de siglo produjo el mayor ejército internacional de reserva de su historia”, tendencia que se agudizará enormemente con la crisis.

Al concentrar la mirada en los *slums* y en el creciente desempleo en ellos, Arizmendi pone el dedo en la llaga del drama creciente de desempleo en el mundo, pero en términos de la mundialización de la pobreza deja fuera la creciente pobreza rural que ponen de reli-

ve su propio análisis de la crisis alimentaria, y el de Bartra sobre la crisis del modelo capitalista de agricultura y el éxodo que genera.

Retomando el análisis de Marx sobre las tasas de plusvalía y ganancia y la composición orgánica del capital de manera implícita, en la sección 3 de su ponencia aborda la crisis actual a la que llama la 4ª gran crisis del capitalismo, y encuentra el problema de fondo en que la “modernización tecnológica desarrolla la tendencia hacia la automatización total del proceso productivo y que el capitalismo imperiosamente tiene que imponer una tendencia inversa a mantener artificialmente a los trabajadores en la producción para garantizar su aprovisionamiento incesante de plusvalor, porque de otro modo padecería su muerte”. Y añade: “Porque para la modernidad capitalista es una necesidad imperiosa impedir que la historia económica arribe a la automatización total del proceso productivo, es que necesariamente tiene que entremezclar progreso y devastación”. Arizmendi ve una relación estructural histórica entre la modernización tecnológica y las crisis en el capitalismo. Aunque es sumamente esclarecedora, ésta es una tesis para debatir, ya que, como todo intento de simplificación teórica, tiene el riesgo del reduccionismo. Arizmendi describe brillantemente los rasgos esenciales de la 4ª Revolución tecnológica que hace posible la mundialización y desemboca en la crisis actual. El autor sostiene que el hecho de que en la crisis actual se yuxtapongan la crisis del capitalismo cínico y la 4ª gran crisis del capitalismo, le otorga una complejidad particular que es parte de su especificidad. El decrecimiento económico, el aumento del desempleo mundial, la represión salarial, la disminución drástica de las remesas y el retorno de los migrantes, señala, constituyen efectos propios de la 4ª gran crisis que se vienen a sumar a los productos del capitalismo cínico antes descritos: la mundialización de la pobreza y la crisis alimentaria.

Arizmendi cita datos del altísimo nivel de desempleo juvenil que prevalecía en el mundo antes de la crisis y comenta que esto y la pobreza de la mitad de la población mundial, explican la transición epocal retrógrada consistente en la *mundialización de la economía*

criminal. Volviendo a la necesidad de destruir y devastar del capitalismo actual para contrarrestar la modernización tecnológica, Arizmendi analiza en detalle el riesgo de guerras adicionales. Considera que la tendencia nekeynesiana ha alcanzado un triunfo por el momento contra la tendencia neofascista, la otra fuerza en pugna ante la crisis. El desenlace de la disputa entre estas dos tendencias definirá, concluye Arizmendi, la forma de la mundialización capitalista en el siglo XXI. Acontecimientos recientes, posteriores al escrito de Arizmendi, parecen mostrar, sin embargo, que la tendencia nekeynesiana que Obama encabeza (su reforma al sistema de salud, por ejemplo) se presenta sin cambios en la política de dominación internacional, ejemplos de lo cual son la permanencia en Irak, el envío adicional de tropas a Afganistán y el apoyo semioculto a un golpe de Estado en Honduras.

En la cuarta sección de su trabajo, Arizmendi aborda los desafíos de la crisis ambiental mundializada. Se trata de un tema que el autor ha trabajado en detalle en escritos anteriores, a los que ahora agrega la presencia de las nuevas epidemias (gripe aviar, síndrome respiratorio agudo severo, Sars, y la influenza AH1N1), cuyo origen principal ubica en la producción industrial capitalista de aves y puercos. Sobre el sobrecalentamiento planetario, alerta sobre el peligro mayor de la liberación de las reservas de metano del Ártico y de otras zonas de congelamiento permanente (*permafrost*), liberación que ya está en curso y que se genera por el propio sobrecalentamiento planetario. Lo alarmante es que el metano liberado explica, tiene un efecto de sobrecalentamiento 30 veces superior al del CO₂. También explica que al derretirse la capa de hielo, su poder para reflejar el calor solar (lanzándolo de regreso a la atmósfera) se va perdiendo. Arizmendi considera que el capitalismo tiene, en principio, la posibilidad de reestructurar su patrón energético hacia una modalidad posfossilista, ya que no existe simbiosis necesaria entre el capitalismo y el fosilismo. Sin embargo, concluida la cumbre mundial de Copenhague, los hechos apuntan más bien a que los líderes capitalistas mundiales actuarán cuando ya el desastre sea inevitab-

arrojando dudas sobre la frase de Arizmendi: "El nekeynesianismo en el campo ambiental...está teniendo con Obama un impulso genuino".

La ponencia de Luis Arizmendi concluye con una sección en la cual explora "críticamente la encrucijada de nuestro tiempo". Abre la posibilidad de una transición que trascienda al capitalismo ya que, en términos negativos, la crisis actual ha puesto en el escenario la *necesidad* de un profundo cambio histórico y que, además, en términos positivos, existe hoy "la capacidad material para volver realidad medidas de respuesta inéditas ante la crisis". Se requieren "formas de [lucha] anticrisis que hagan valer anti y transcapitalistamente principios de seguridad de la reproducción nacional e internacional". Entre ellas destaca el proyecto del Ingreso Ciudadano Universal (ICU) que forma parte de las medidas que concretan "el principio de la desmercantilización", que "garantizan la reproducción vital de la sociedad desestructurando la mediación del mercado". Como bien señala el autor, el ICU contribuiría a lo que Esping-Andersen ha llamado la desmercantilización radical, que consiste en quitarle el carácter obligatorio a la venta de la fuerza de trabajo: "para los dominados modernos, dice Arizmendi, el ICU instalaría un cierto grado de independencia económica ante el capitalismo, garantizando su sobrevivencia al margen del reconocimiento de su capacidad laboral como capitalistamente necesaria". Y añade: "Cimbrando las relaciones de poder tanto entre clases como interpersonales, edificaría una plataforma inédita para desarrollar la soberanía social". "Desde las formas germinales de desmercantilización, se puede apuntar a generar y edificar la comprensión y la lucha histórica por formas desmercantilizadoras de la reproducción social más avanzadas", señala, concluyendo que "semejante conquista exige invariablemente una lucha por la defensa de la soberanía nacional que se articule con la construcción de una soberanía internacionalista transcapitalista". A pesar de la pluralidad de enfoques del Seminario, hay aquí un amplio consenso, pues también en las ponencias de Araceli Damián, Pablo Yanes y Julio Boltvinik, se

propone la implantación del ICU como una salida anticrisis y como una medida de transformación social.

Julio Boltvinik, en las secciones 2 y 3 de su ponencia, reseña e análisis de Marx de las crisis capitalistas, recordando que se centró en la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y en la ley de las dos caras, la cual establece que, ante la primera ley, el capital hará todo lo necesario para (a pesar de ella) aumentar la masa de ganancia (lo que requiere que aumente la fuerza de trabajo empleada), lo que lo obliga a buscar la máxima tasa de acumulación y a expandirse geográficamente. Señala que Strachey derivó de lo anterior el “dilema básico del capitalismo” que hace inevitables las crisis capitalistas: el dilema entre ganancias o abundancia en el cual “los salarios son al mismo tiempo demasiado bajos para causar un exceso de oferta y demasiado altos para disminuir el ritmo de acumulación”. Esto último es lo que ocurrió en los años setenta, como lo apuntan varios ponentes. Strachey, dice Boltvinik, no previó que la baja en la tasa de ganancia habría de producir no sólo una severa crisis, sino la contrarrevolución capitalista que perdura hasta nuestros días. Termina el análisis de la concepción de Marx recordándonos que éste enuncia la paradoja que cuando el capitalismo cumple cabalmente su propósito genera más capital (plusvalía) que el que puede ser invertido sin disminuir la masa de ganancias, revelando las contradicciones del capitalismo y su carácter histórico transitorio.

En las secciones 4 a 6, Boltvinik examina la *Teoría general* de Keynes destacando que este autor destruye los argumentos de la Ley de Say (“la oferta crea su propia demanda”), socavando dos mitos de la teoría neoclásica: la de la tasa de interés como el precio que equilibra el ahorro y la inversión y la de los salarios como el precio que equilibra la oferta y demanda de (fuerza de) trabajo. Al derribarse estos dos mitos, continúa, y al sustituirlos Keynes por la tesis de que el nivel de empleo depende de la demanda efectiva y que la inversión está determinada, a corto plazo, por las expectativas de ganancias (la eficiencia marginal del capital *esperada* deb

ser mayor que la tasa de interés para que se invierta en un nuevo proyecto), el pleno empleo deja de ser el único punto de equilibrio de la economía y cualquier nivel de empleo se vuelve posible. El capitalismo no se autorregula y la intervención estatal se vuelve indispensable, concluye Boltvinik.

En las secciones 7, 8 y 9, Boltvinik aborda el análisis que de la crisis actual llevan a cabo los neomarxistas Foster y Magdoff (seguidores de Baran y Sweezy) que vaticinan un estancamiento prolongado de la economía norteamericana y mundial, a las que caracterizan como *capitalismo monopolista financiero*. Son marxistas, dice, por su postura radical que sostiene que el capitalismo debe ser sustituido por otro orden social más justo y menos contradictorio, pero en términos económicos sostienen que el predominio de las grandes empresas, que pueden determinar sus precios de venta, invalida la teoría del valor de Marx y sustituyen la categoría de plusvalía con la de excedente económico, por lo cual el apelativo de neomarxistas le parece adecuado. Estos autores, dice Boltvinik, también se apoyan en el papel contradictorio de las finanzas en la economía capitalista que tiene sus raíces en Keynes y Minsky. Éste postuló, desde los años ochenta, la tendencia a las burbujas financieras que apilan deuda sobre deuda y que estallarán inevitablemente, así como la dependencia de la economía del banco central como prestamista de última instancia. A diferencia de los regulacionistas, que atribuyen las crisis actuales a la financiarización, pero no comprenden el origen de ésta, los neomarxistas lo explican por la tendencia al estancamiento del capitalismo monopolista: la financiarización es un mecanismo (ahora más importante que el gasto militar) para mantener a flote esta economía monopolista, fenómeno al que llaman “abrazo simbiótico entre estancamiento y financiarización” y que Boltvinik caracteriza como “keynesianismo privado espontáneo”. La conclusión de los autores es tajante y fuerte: “No hay posibilidad que el sistema en esta etapa de su historia [...] pueda absorber vía la inversión productiva, el enorme excedente que ha alimentado la explosión financiera. Simultáneamente, el proceso

de financiarización mismo está en crisis. El prospecto más probable, por tanto, es un estancamiento profundo y prolongado". Esto los lleva a sostener, con lo que concluye Boltvinik, que "si la meta es avanzar las necesidades de la humanidad como un todo, el mundo tarde o temprano tendrá que acoger un sistema social alternativo a capitalismo. No hay otro camino".

En la sección 10 Boltvinik se refiere a dos autores dispares: Pau Krugman y George Soros. Muestra como también Krugman analiza las burbujas financieras como mecanismo para evitar la recesión e iguala la ruptura de la burbuja a un pánico bancario sólo que en este caso de lo que llama *sistema bancario sombra* que no está regulado y que llegó a ser más grande que la banca regulada. Krugman piensa que la no regulación del sistema bancario sombra es la causa de las burbujas (de estallido inevitable) y, por tanto, de la crisis. El estancamiento de Japón en los noventa, que vino después de estallido de la burbuja accionaria, preocupa a Krugman porque la economía no creció a pesar de que se aplicaron las recetas monetarias y fiscales anticíclicas, narra Boltvinik. Según éste, el estancamiento japonés confirmaría la tesis neomarxista de la tendencia a estancamiento del capital monopolista financiero y sostiene, también, que la declinante población activa en Japón indicaría que el monto de la plusvalía no estaría aumentando, lo que se reflejaría en la falta de dinamismo económico y confirmaría la validez de la teoría del valor de Marx. Krugman destaca la creciente importancia del llamado *riesgo moral* (traslación del riesgo o privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas) que se presenta en los esquemas financieros modernos y que despoja al capitalismo de una de sus justificaciones favoritas, comenta Boltvinik. Krugman sostiene que, al estallar la crisis inmobiliaria, la falta de una burbuja de reemplazo llevó a la crisis generalizada, aceptando con ello (de manera implícita pero clara) la necesidad que tiene el capitalismo de las burbujas financieras.

Refiriéndose a Soros, Boltvinik destaca su teoría de la reflexividad; la fuerte tesis de que los mercados financieros no tienden a

equilibrio; y su análisis que la presente crisis se explicaría porque el estallido de la burbuja inmobiliaria precipitó que se desinflara la *superburbuja de la expansión del crédito* que viene desde principios de los años ochenta, *anunciando el fin de una era*, en coincidencia parcial con varias de las ponencias de estas memorias. Boltvinik comenta que ésta es una tesis cercana a la de Foster-Magdoff, excepto que Soros, igual que Krugman, son incapaces de explicar por qué el capitalismo necesita las burbujas financieras. La mayor diferencia se encuentra, por ello, en las propuestas, añade. Mientras Krugman concibe la regulación del sistema bancario sombra como la salida (aunque a veces se muestra perplejo y escéptico) y Soros la ve como una parte de la solución, Foster y Magdoff piensan que la regulación llevará al capitalismo al estancamiento crónico porque perciben, con mucho más fuerza, la necesidad de burbujas que tiene el capitalismo.

Concluye Boltvinik su ponencia señalando que Foster y Magdoff conciben el capitalismo como lo que es: un sistema social enfermo e incapaz de enfrentar las condiciones del presente; que las perspectivas son muy negras: un sistema económico tan poderoso dará patadas de ahogado capaces de destruir el mundo. Y añade que en una época en la cual se ha perdido la confianza en las revoluciones, el camino adecuado parecería apuntar hacia las reformas radicales que salven al capitalismo al costo (para sus privilegiados) de acabar transformándolo en otro sistema social. En ese camino se encuentran, señala, reformas como el Ingreso Ciudadano Universal (ICU), la desmercantilización de bienes y servicios, y la conversión de todas las rentas de la tierra (y del subsuelo) de privadas a públicas.

La tercera y última mesa dio inicio con la ponencia de Gerardo Esquivel, quien después de una breve reflexión sobre el carácter inédito tanto de la crisis actual como de la respuesta de política económica en EU, identifica seis canales por los cuales la crisis se hará sentir en México³: 1) afectará las exportaciones mexicanas,

3 Esta ponencia no fue actualizada. Escrita en los primeros meses de 2009, se refiere

sobre todo al 80% de las cuales van dirigidas al mercado de EU, lo que afectará el empleo en los sectores que producen bienes exportables; 2) el turismo sufrirá una caída importante, puesto que uno de los primeros ajustes al reducirse el ingreso de los hogares se da en las cuestiones de esparcimiento; 3) las remesas, que constituyen la principal fuente de divisas de la economía mexicana, se reducirán afectando a grupos poblacionales de menores ingresos concentrados en ciertas regiones del país; 4) la inversión extranjera se reducirá en todo el mundo, incluido México, lo que se reflejará dada la fuerte dependencia del país de dicha inversión, en pérdida de empleos; 5) el precio del petróleo bajará y ello afectará los ingresos del sector público lo que tendrá un costo en términos de gasto social, gasto en infraestructura, etcétera; 6) el peso se depreciará. Todo lo anterior, dice Esquivel, afectará fuertemente la actividad económica y el empleo en el país. El autor estimó una caída de hasta 6% en el PIB en 2009, hizo notar que sería similar a la magnitud que decreció en 1995, y pronosticó que la recuperación será más lenta que la de la crisis anterior por la falta de dinamismo de la economía mundial. Ahora sabemos que la caída fue mayor (a pesar de que el pronóstico del autor casi triplicaba el del Banco de México en ese momento), mientras su vaticinio de una recuperación lenta sigue pareciendo acertado. Esquivel, muy atinadamente, critica la actitud pasiva del gobierno mexicano y afirma que “a diferencia de lo que ocurre en otros países, en México las decisiones de política económica parecen responder a una lógica muy distinta a la de una situación de crisis”, lo que ejemplifica con la política del Banco de México de mantener altas tasas de interés, derivada de la percepción de que el riesgo inflacionario es todavía alto; y con la política de la SHCP que “en vez de plantear la necesidad de un estímulo fiscal importante que pudiera compensar al menos parcialmente el choque negativo externo, ha decidido que esto no es necesario se ha empeñado en aumentar el precio de insumos clave, como la gasolina y el diesel”. El autor considera que las medidas de política a algunos acontecimientos futuros cuyo desenlace, en enero del 2010, ya conocemos.

anunciadas por el gobierno federal para enfrentar la crisis son “notoriamente insuficientes y carecen de la capacidad para atender un problema de actividad económica y empleo como el que es previsible anticipar para el país”.

Esquivel termina su ponencia proponiendo 5 medidas de política: 1) Enfrentar la crisis mediante una combinación acertada de políticas fiscales y monetarias expansivas, para lo cual es “necesario revisar el mandato del Banco de México...hacia un esquema con un objetivo dual (inflación y crecimiento) para poder actuar en forma coordinada con EU. 2) “Revisar la Ley de presupuesto y Responsabilidad Hacendaria que, al establecer un Déficit Fiscal Cero, limita enormemente la capacidad del gobierno de realizar políticas contracíclicas [...] debería establecerse una Regla Fiscal Estructural que nos permita ahorrar recursos en época de bonanza, los cuales podrían ser gastados en épocas de crisis”. 3) En ausencia de una reforma más general, debería establecerse un Seguro de Desempleo para los trabajadores formales que pueda ser el inicio de una verdadera reforma social y laboral en el país... [y que] tendría enormes beneficios para los trabajadores, además de que se volvería un programa anticíclico implícito en el diseño mismo de la política económica [y] generaría incentivos muy importantes para que los trabajadores buscaran formalizarse...” 4) “Debe revisarse a la baja la tasa del IETU ya que este impuesto, diseñado como un impuesto de control en épocas de crecimiento, puede tener efectos perniciosos en un momento de recesión, ya que obligará a muchas empresas a pagar impuestos a pesar de que estén incurriendo en pérdidas”. 5) Revisar a fondo el gasto público e implementar un verdadero programa de austeridad y eliminación de gastos superfluos, y destinar los recursos así ahorrados a gasto social y de infraestructura. Son pocas medidas pero importantes y coherentes internamente para establecer una política keynesiana en vez de la neoliberal vigente en materia de política económica. Araceli Damián, en su ponencia, coincide con las propuestas 1 y 2, y en la suya, Pablo Yanes coincide con la 1. Ambas propuestas han sido reiteradamente expresadas

por la izquierda nacional.

Sustituir las leyes que se dan las sociedades-estado por las 'leyes' sin autor del mercado" dice Araceli Damián en la introducción de su ponencia, citando a André Gorz, es una consecuencia central del establecimiento del modelo neoliberal después de la crisis de los años setenta, provocada por la baja en la tasa de ganancia. La producción de volúmenes crecientes de riqueza, distribuyendo cada vez menos salarios y pagando menos impuestos, podía llevar a la humanidad a una debacle, había advertido Gorz desde los años noventa, y había percibido que el "dinero se convirtió en un parásito que devora la economía, y el capital en un depredador que saquea la economía", nos recuerda Damián. La actual crisis, concluye la autora, responde a la desvalorización de la fuerza de trabajo provocada por las políticas neoliberales. En México, acota, la era neoliberal se ha caracterizado, además, por una falta de dinamismo económico provocada por la implementación de políticas pro-cíclicas.

En las secciones 2 y 3 de su escrito, Damián analiza el impacto en la pobreza del alza del precio de los alimentos y de la crisis, respectivamente. Los precios de los alimentos se empezaron a disparar en 2007 por diversas causas, destacadamente por la especulación en el mercado de futuros de granos, lo que sólo en 2007 habría aumentado en 100 millones el número de pobres en el mundo. En México, el aumento de la llamada pobreza patrimonial del 42.6% a 47.4% de la población entre 2006 y 2008, anunciado por el Coneval, se explica en parte por el aumento de los precios de los alimentos, pero sobre todo por la falta de comparabilidad de las encuestas de ingresos y gastos de los hogares (ENIGHs) en las que se basan los cálculos. Como dice irónicamente la autora, estas encuestas, durante el foxismo, "provocaron que en el papel las zonas más atrasadas desaparecieran, pero la ENIGH 2008 viene a confirmar que siguen ahí, que sólo las habían sacado de las fotos". La autora analiza la evolución de la pobreza y del PIB en el período 2000-2008 y muestra la falta de correspondencia entre ambas dinámicas, lo que atribuye a los problemas de las ENIGHs. El efecto

de la crisis económica se ha sentido, sobre todo, durante 2009 en el que la caída del PIB ha sido más alta que en la crisis de 1995, en la cual la pobreza patrimonial se disparó desde 52.4% en 1994 hasta 69% en 1996. La autora hace notar, además, que en 2009 ha continuado el aumento de los precios de los alimentos por arriba de la inflación, lo que habrá contribuido también a aumentar la pobreza patrimonial probablemente a niveles similares a los de 2000 (65%) con el umbral original del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (umbral rechazado por el gobierno federal). La autora analiza también dos factores adicionales que actuaron en el 2009 para aumentar la pobreza: la caída en las remesas (y la disminución de la emigración hacia EU) y el aumento del desempleo de mexicanos tanto aquí como en EU.

En la sección 4 de su ponencia, la autora prevé que en esta crisis, como en la de los ochenta y la de los noventa, el mayor aumento de la pobreza se dará en las áreas urbanas, sólo que ahora las más afectadas serán las del norte del país, donde se concentran las manufacturas de exportación. El crecimiento de la pobreza extrema urbana es preocupante, señala, porque son las de menor cobertura del programa *Oportunidades*, por lo que prevé que, como en las crisis anteriores, los pobres urbanos serán abandonados a su suerte. Damián analiza con algún detalle lo que puede esperarse de las llamadas estrategias de sobrevivencia de los pobres, pues se tiene la idea de que, mediante éstas, los hogares tienen la capacidad de sobreponerse a las consecuencias más severas de las crisis, particularmente aumentando la oferta de fuerza de trabajo. Retoma datos de un libro suyo en el cual analizó el comportamiento de las tasas de participación económica estandarizadas (según el número de horas trabajadas) de la población en un periodo de expansión (1988-1994) y en uno de recesión (1994-1996), lo que le llevó a concluir que "el esfuerzo laboral efectivo se contrae en periodos de crisis, por lo cual las estrategias de sobrevivencia no permiten a los hogares sobreponerse a las consecuencias de las crisis". El problema principal, dice la autora, es que el gobierno mexicano renunció,

desde hace veintiséis años, a su papel de promotor de la actividad económica y del pleno empleo.

En la última sección de su ponencia, Araceli Damián plantea un conjunto de propuestas para responder a la crisis y sus consecuencias. Examina el seguro de desempleo y el universalismo básico, uno de cuyos componentes es el Ingreso Ciudadano Universal (ICU). Ante el escepticismo sobre la viabilidad financiera de esta medida, la autora, apoyándose en Evelyne Huber, muestra cómo los países con cobertura universal en seguridad social y con estados avanzados de bienestar (como Finlandia), tenían niveles de ingreso per cápita inferiores a los que México tienen ahora cuando tomaron las decisiones que los llevaron a lo que ahora son. También citando a Huber, muestra la enorme diferencia que significa una política social avanzada, al comparar la pobreza de los hogares de madres solteras antes y después de las transferencias públicas en Suecia y EU. También recuerda que hay varias iniciativas legislativas congeladas para cambiar el mandato constitucional del Banco de México y reformar la Ley de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria, en el mismo sentido apuntado por Esquivel. Propone una reforma tributaria progresiva que eleve la recaudación y disminuya la desigualdad. En materia de política social recomienda eliminar la focalización individualizada y eliminar las condicionalidades que afectan a las mujeres en el programa *Oportunidades* y ampliar su cobertura a las localidades más pobres que carecen de escuela o clínica. Termina diciendo: “la necesidad de implementar ayudas directas a los pobres urbanos es fundamental si queremos mantener la paz social”.

“Nuevamente los fantasmas de Keynes y de Marx recorren el mundo”, dice Pablo Yanes al principio de su ponencia denominada “Después del neoliberalismo: hacia una nueva política socioeconómica”, con la que cierra esta publicación. Es mucho lo que está en juego, señala: ya no sólo se trata de la resistencia a un modelo social en agonía sino de las alternativas ante la crisis y la distribución de sus costos. La disputa, aclara, es “entre una nueva refuncionaliza-

ción del modelo de dominación y explotación, o una salida popular y democrática a la crisis, posneoliberal y por qué no, poscapitalista o anticapitalista”. El fundamentalismo de mercado, que dominó el mundo los últimos 30 años, y las corrientes académicas que lo respaldaron otorgándole el cuerpo de ideas necesarias para justificarse y reproducirse, son hoy cada vez más impotentes y balbuceantes, añade. Igual que otros autores de estas memorias, Yanes identifica con claridad que el keynesianismo fue la respuesta a una crisis de sobreproducción (la de 1929), mientras el neoliberalismo (usa el término estando conciente de otras posibles denominaciones, como capitalismo cínico o desregulado) respondió a una crisis provocada por la baja en la tasa de ganancia. Concibe así la característica central del keynesianismo: “el trabajo como factor de la demanda y su explotación basada en aumentos sostenidos de la productividad en un contexto de pleno empleo y redes de protección e inclusión social”. Pero este keynesianismo-fordista habría dejado de ser funcional para el capital que convocó a reemplazarlo, concibiendo al trabajo ahora como costo de producción, que como cualquier otro costo debe ser abatido, y ya no como factor de la demanda. Es la hora del neoliberalismo que el autor concibe como “una ofensiva mundial para la reorganización de todo el orden social” para subordinarlo a la lógica de la acumulación y de la ganancia, por lo cual la reestructuración se centró en una ofensiva contra el trabajo, que lo desvalorizó y lo re-mercantilizó plenamente, eliminando toda barrera a su libre intercambio (excepto la migratoria internacional), lo cual significó una redistribución masiva del ingreso del trabajo en favor del capital a escala planetaria. Pero, sostiene Yanes, el “neoliberalismo llevó en el pecado la penitencia: generó producción global sin consumo global”, elevando a escala planetaria la contradicción irresoluble entre crecimiento mundial de la producción y caída mundial de los salarios reales “que originó la Gran Depresión del 29”. La desvalorización mundial de la fuerza de trabajo ocurrió, señala Yanes, en el contexto de una revolución de las tecnologías de la información que hizo posible la desterritorialización de la pro-

ducción. La explosión del crédito, el sobreendeudamiento de las familias, particularmente en EU que se convirtió en el consumidor de última instancia, dada su situación monetaria asimétrica habría que añadir, que le permite aumentar su déficit comercial sin restricciones, pasaron a ser en el neoliberalismo el instrumento principal de ampliación de la demanda, añade. El autor, sin embargo, deja fuera el hecho, documentado ampliamente en las ponencias de Guillén y Boltvinik, sobre los montos masivos de plusvalía que no se pueden absorber productivamente y que se canalizan a las burbujas financieras.

Yanes sostiene que a cada régimen de acumulación corresponde un modelo de política social. Así como se transformó radicalmente en los últimos 30 años el régimen de acumulación, también pasó lo mismo con el modelo de política social. Así como al régimen de acumulación fordista-keynesiano le correspondió un Estado de Bienestar corporativo o social-demócrata, en la tipología de Esping Andersen, al régimen de acumulación neoliberal le correspondió el residual-liberal, concluye el autor. Si bien se trata de una simplificación, porque durante el predominio del régimen fordista-keynesiano en EU prevaleció también, como ahora con el neoliberalismo, un modelo de política social residual-liberal, y en Europa al entrar en vigor el régimen de acumulación neoliberal, no se dismantelaron los estados de bienestar corporativistas o socialdemócratas (sufrieron de reformas regresivas, pero resistieron a fin de cuentas), la simplificación que hace Yanes es válida en términos ideales y, desde luego, en la ideología que sustenta cada modelo. Además, y todavía más importante, aplica perfectamente a lo que los países desarrollados y los organismos internacionales impusieron a los países débiles de la periferia. Es decir, los (y las) neoliberales hubiesen querido dismantelar los estados de bienestar preexistentes, pero por razones de *rapport de forces* no pudieron hacerlo, excepto parcialmente. Yanes caracteriza brillantemente los rasgos centrales del modelo neoliberal de política social: privatización y re-mercantilización de los satisfactores básicos protegidos por derechos sociales

“la elevación de la focalización (originalmente una herramienta) en un principio estructurante de la política social”, donde también se aplicó el principio de la primacía del mercado y lo privado sobre el Estado y lo público, y la reducción de la política social a programas focalizados y condicionados de combate a la pobreza, concebida y medida de manera minimalista.

Yanes señala que “es momento de plantear no sólo una nueva política económica, sino también una nueva política social...una política socio-económica que se articule en torno a la primacía del desarrollo social, esto es, la subordinación de las decisiones económicas a su impacto en el bienestar de la sociedad y la vigencia integral de los derechos”. En otras palabras, es “necesario formular una plataforma programática para construir una salida popular a la crisis que ponga en cuestión el régimen neoliberal de acumulación y el modelo liberal-residual de política social”. Sus propuestas específicas las clasifica en tres grupos: a) medidas inmediatas de contención en lo social; b) componentes de una plataforma programática a mediano y largo plazo; y c) construcción del Estado social de derechos. En el primer grupo propone evitar la privatización y mercantilización de los sectores sociales básicos; impedir una reforma laboral regresiva; y revertir el modelo de capitalización de las pensiones hacia un nuevo sistema de reparto con equidad social y solidaridad intergeneracional. En el segundo, propone revalorizar el trabajo como eje de la estrategia de crecimiento económico; reconstruir la banca pública, revisar el mandato del Banco de México, rearticulando la política fiscal y monetaria y dando prioridad al crecimiento económico y la justicia distributiva; y una reforma fiscal progresiva que eleve sustancialmente los recursos públicos. En el tercer punto, finalmente, propone: universalizar el derecho a la salud superando la segmentación inequitativa actual; ampliar la oferta educativa pública y elevar su calidad y pertinencia; estrategia nacional de vivienda centrada en la calidad, tamaño y ubicación adecuadas de las viviendas; ingreso ciudadano universal (ICU) para todos los habitantes del país; y red nacional de servicios sociales

INTRODUCCION

para atender las necesidades de grupos sociales específicos. El autor concluye así: "Es hora de pensar la sociedad que queremos podemos construir después del neoliberalismo".

El libro que el lector tiene en las manos es una buena introducción para comprender la crisis. Mi mayor deseo es que sirva para estimular talleres de discusión sobre la crisis en escuelas, fábricas, universidades, oficinas públicas y privadas, círculos de estudio, partidos políticos. Convoco a los autores aquí reunidos y a algunos más a que formemos un taller permanente para seguir leyendo, pensando y discutiendo en grupo. Mi agradecimiento a Teresa Juárez por la oportunidad que me brindó de vivir esta experiencia en la que he aprendido mucho y por el apoyo que me ha ofrecido para la nueva experiencia que quiero promover.

MESA 1

Orígenes, causas, desarrollo y consecuencias